

www.elboomeran.com

Diego Trelles Paz

La procesión
infinita



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: foto © Martín Chambi / Archivo fotográfico Martín Chambi,
Cuzco-Perú / www.martinchambi.org

Primera edición: junio 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Diego Trelles Paz, 2017

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9338-5

Depósito Legal: B. 10753-2017

Printed in Spain

Reinbook serveis gràfics, sl, Passeig Sanllehy, 23

08213 Polinyà

No, no me había curado: el amor es una enfermedad
en un mundo en que lo único natural es el odio.

JOSÉ EMILIO PACHECO,
Las batallas en el desierto

Primera parte

Lima

Invierno, 2010

Volver a Lima. Treinta y tres años recién cumplidos y la noche de su regreso, la fría sensación de no tener nada que hacer ahí. Han pasado siete horas y once minutos desde que tomó las dos pastillitas blancas de Diazepam y todavía conserva en el cuerpo el efecto atáxico y la dulce somnolencia. Con los ojos entreabiertos, apoyando la cabeza contra la ventana blindada de la nave, observa la alfombra de nubes sucias que corta el cielo en dos mitades y recrea mentalmente la pálida cartografía de la ciudad que abandonó hace ocho años. Eso es Lima, piensa con desprecio, ahí, debajo, como un infierno de luces mortecinas amortiguadas por la neblina: el mismo laberinto, el mismo tambaleo, la misma desesperación ya barnizada por el blanqueo y la amnesia.

Quedan veinte minutos para el aterrizaje. La azafata menos amable le ha pedido que apague su computadora, recline el asiento y baje la persiana para que no entre la luz. Le dice que sí asintiendo con la cabeza pero no le hace caso. Todavía no amanece y desea seguir observando cómo se decolora el cielo narcótico de la capital. El miedo que sintió ni bien dejó Nueva York ha cedido a un ameno desconcierto. Sabe que el ansiolítico lo entumece y consigue que todo le dé lo mismo. Igual, piensa, ya nadie se acuerda del asesi-

nato del crítico literario y su padre le ha dicho que todo está en regla, Diego: nunca hubo orden de captura, no van a detenerte en migraciones, ya todo ha prescrito. Si preguntan algo diles que es falso, que te halaga mucho que se lo hayan creído pero era sólo una novela, que no hay tal cosa.

Lo que sí existe es esa fobia clandestina que lo doblega y se niega a aceptar. Odia los aviones. Odia la idea de estar encapsulado a miles de metros de altura rodeado de gente. Odia, hasta el límite del dolor físico, el saltito siniestro que precede la llegada de las turbulencias. Odia las nubes. Todo, en realidad, se reduce al terror de volar y perderse en el cielo por un capricho funesto de la estadística. Sin esa dosis de Diazepam que lo desconecta de la cruel realidad de los aviones, cualquier movimiento brusco de la nave le produce temblores incontenibles que lo avergüenzan. Tiembla, suda, se estremece como un perro en pánico. Sabe lo inútil que es contrarrestar esa agitación involuntaria de su cuerpo, y sin embargo, tensando los músculos de la espalda, aferrándose con ambas manos a los flacos brazos del asiento, improvisa un penoso simulacro de calma que nadie —ni él mismo— logra creerse.

De pronto, alguien habla. El Chato reconoce esa voz rumorosa y sonrío alzando levemente el mentón. Parece un hombre enfermo que se dispone a dialogar con otro imaginado en un lugar público. La metáfora no carece de sentido porque el de la voz murmurante es alguien ausente (ni siquiera soy yo, que iré siempre por arriba o por detrás) que le recuerda a Francisco Méndez: su compañero del colegio, su pata del alma, su mejor amigo.

—Te drogas porque te mueres de miedo, mi Chato.

—¿De volar?

—De que se caiga el avión.

—No creo.

—Sí crees y lo tienes bien clarito pero te da roche admi-

tirlo. Y es tan fácil como esto, Chatito: si se cae morirás, morirán todos..., pero no se caerá. La posibilidad de que eso ocurra es una en 4,7 millones. Yo ya hice mis cálculos con tablas y porcentajes: es más fácil que te dé cáncer al poto.

—Gardel se murió en un avión. Ritchie Valens y Buddy Holly y Otis Redding se murieron en un avión. Ibargüengoitia también... Sabes quién es Jorge Ibargüengoitia, ¿verdad?

—Poeta vasco. Separatista. Alcohólico, coquero y mujeriego.

—Cómo te encanta hablar cojudeces, Francisco.

—Y a ti te encanta cambiar de tema, Chato, pero no te preocupes que yo te lo recuerdo bien rapidito: te aterran los aviones y no lo admites; te drogas para anestesiar te y no sentir temor. Si se cae el avión y tienes la suerte de que aterrice, el único huevonazo que se va a morir dormidito eres tú y créeme, mi Chato, que en esas circunstancias nadie te va a cargar.

—De repente una aeromoza musculosa y culta, ¿no? Alguien que me haya leído y se enamore de mí.

—Ese Varguitas es la muerte, no lo lee ni Dios y quiere que lo reconozcan en pleno accidente.

—Te he pedido mil veces que no me llames Varguitas.

—¡Es que no entiendes, huevas! Es una señal de confianza. La próxima novela ya verás: mínimo película de Lombardi con Angie Cepeda ca-la-ti-ta, mi Chato... Claro, si el avión resiste...

—Te voy a contar un secreto, cojudito sabelotodo. Ya verás que después me lo agradecerás. Tengo un truco infalible en los aeropuertos, y te lo voy a regalar. Son tres pasos simples, pero hay que seguirlos en estricto orden o no liga. Lo primero, escucha bien, es buscar niños en la cola, cuanto más pequeños mejor. Si encuentras tres niños o más, no te preocupes, ya estás a salvo.

- ¿Estás a salvo porque hay niños dices?
- Es un seguro de vida imaginario. Ningún niño merece morir y menos en un accidente de avión.
- Yo pensé que eras ateo, mi Chato.
- No hay divinidad presente, loco. Es creencia popular.
- ¿Cuál es el segundo paso?
- Antes de entrar, justo en el umbral de la puerta del avión, con el dedo índice y sin que nadie te vea, dibuja una cruz doble en los tornillos de la puerta.
- ¿Me estás hueveando?
- No sé... De repente, ¿por?
- ¿Eres ateo y dibujas cruces para que no se estrelle el avión? Me das risa, huevas. ¿Alguna vez intentaste dibujar pichulas? Créeme que, por lo menos, serías más sincero.
- Hay cosas que la razón no puede explicar, Francisco. Tuvimos una educación jesuita, no lo olvides.
- Júrame que la tercera es orar de rodillas en el pasillo empuñando un rosario y golpeándote el pecho...
- No. El último paso consiste en mirar cuidadosamente a las aeromozas cuando tiembla el avión. Si las ves palteadas o nerviosas o con cara de culo, olvídate de los dos pasos previos: ya te jodiste.
- O sea, mi Chato, tú eres un ateo supersticioso.
- ¿Y cuál es el problema? Tampoco creo en el pensamiento mágico si a eso apuntas. Digamos que es una pequeña licencia. Igual me llega al pincho si te ríes: la próxima vez que viajes, sé muy bien que vas a seguir toditos los pasos al pie de la letra.
- ¡De todas maneras!, y hasta voy a agregarle el pasito del rosario en el pecho, por si las huevas.
- Ya... Te conozco como si fueras mi hermano.
- Soy tu hermano, Varguitas... El hermano perdido y guapo de la familia.
- La voz de Francisco se reproduce en su mente con la

cadencia de una extraña letanía. Es el Diazepam. Su consumo suele generar esos efectos distorsionados y reverberantes en las voces que le hablan atropellándose, y es como si fuera el único testigo del eco que produce un debate susurrante entre fantasmas. Hay, sin duda, algo de esquizofrénico y adictivo en esa sospechosa lasitud que provoca el Valium, y que el Chato atesora como un antídoto contra su miedo. (Es muy probable que él no acepte los términos de esta descripción: cuando alguien le pregunta si teme a los aviones, dice simplemente no sentirse cómodo en el cielo.) A Francisco es al único al que no le responde nada. Su silencio es casi un asentimiento. Méndez no es su hermano pero le habla con la dureza y la dilección del primogénito que pontifica sólo por ser mayor (cinco meses y medio). Si el Chato lo escucha no es tanto por la lógica de sus razonamientos como por esa fortaleza con que defiende y reivindica sus intuiciones. Le sorprende y le disgusta esa seductora capacidad de persuasión que ha convertido a Francisco en un hombre de éxito. Piensa en todo esto ahora que el piloto anuncia el aterrizaje y el equipo de cabina desaparece. En pocos minutos, Diego y Francisco volverán a encontrarse en Lima después de un año sin verse y de un esporádico contacto que se redujo a fríos intercambios telefónicos entre Nueva York y Londres.

Ninguno de los dos ha vuelto a mencionar lo que pasó en Berlín.

Ninguno de los dos ha podido olvidarlo.

El avión ha llegado sin contratiempos y la muchedumbre domesticada por los cinturones de seguridad aplaude entusiasta. Otra vez la sonrisa le brota de manera automática y con un cálido gesto de reconocimiento. ¿Hacía cuánto tiempo que no escuchabas esos aplausos sincro-